

los aires cae sobre una de las madres y se la lleva en sus garras. A los gritos que daba la pobre víctima, el padre sin consultar sus fuerzas, echa á volar detrás del gavilán, queriéndole asustar con sus chillidos y aletazos. El gavilán se vuelve sin soltar su presa y de un picotazo traspasa al pajarillo que cae espirante en el suelo. Al ver esto se conmueve el muchacho hasta el punto de verter lágrimas, y se decía camino de su choza: «Seguramente los pobres pequeñuelos mañana á estas horas se habrán muerto de hambre.»

Llegado el día siguiente, el chico volvió al trabajo con su padre y lo primero que hizo fué correr á la zarza, donde halló en los dos nidos á todos los pequeñuelos buenos y sanos, sin que pareciera que les hubiera faltado el alimento. Sorprendido con esto, se puso en observación para ver lo que pasaba; y muy luego vió llegar al padre y á la madre que no fueron atacados por el gavilán, cargados de comida que repartían entre un nido y otro indistintamente, lo mismo á los huérfanos que á sus propios hijos.

El chico corrió á su padre para contarle lo ocurrido la víspera y lo que acababa de ver, y su padre le dijo: «Aprende, hijo mío, con ese ejemplo, á depositar tu confianza en Dios que cuida de todas sus criaturas. Si yo llegase á morir y si te abandonasen los hombres, siempre te quedaría por padre, nuestro Padre que está en los cielos, y que atiende á los huérfanos y no abandona jamás á los que le permanecen fieles.»

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º Epist. de S. Juan, Cap. V, v. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

Bien está, diréis; pero ¿cómo reconocer al Hijo de Dios en este pequeñito niño que nace en la obscuridad y en la abyección, que tiene necesidad de ser alimentado, de recibir todo género de auxilios y socorros para no perecer; que sufre y llora sin poder hablar, y que no se diferencia de los demás niños sino por la mayor miseria? Si los judíos al verle en ese triste estado, se rehusaron á recibirle por el Mesías que aguardaban, ¿no son dignos de excusa y de compasión? — No, no tienen excusa; porque el nacimiento de Jesucristo, miserable y abyecto como fué, estuvo acompañado de muchas circunstancias maravillosas que anunciaban en este niño un personaje extraordinario, el verdadero Hijo de Dios. Así, los ángeles del Señor que llegan á adorarle tan pronto como nace y que le anuncian á los pastores; la luz brillantísima que se deja ver en aquella noche; los conciertos angélicos que se escuchan en derredor; la

estrella extraordinaria que conduce á los reyes magos desde remotos países, contrastan de un modo estupendo con la humillación, con la debilidad del recién nacido y dan testimonio claro de que aquel infante Hijo de María es el verdadero Hijo de Dios.

No sólo el nacimiento de Jesús, sino su vida entera y hasta la ignominia de la cruz, nos presenta ese maravilloso contraste de la humillación y la grandeza: de la humillación, porque era hombre y vino á salvarnos; de la grandeza, porque era al mismo tiempo Dios. Permitió el Señor esta alianza de la luz y las tinieblas, para que, por una parte nuestra fe en Jesucristo no careciera de mérito y por otra nos fuese imposible negarle esa fe sin cometer un horrible pecado.

Mas, limitándonos á sólo su nacimiento, una de las circunstancias que caracterizan el del Hijo de Dios, es la de haber nacido de una mujer que se conserva virgen: naciendo de mujer nos enseña que es verdadero hombre; y naciendo de una virgen, acredita que es verdadero Dios. Hé aquí el prodigio que ni conocieron los siglos anteriores, ni conocerán los siguientes, y prodigio que glorifica así al Hijo como á la Madre. Convenía que naciese de una virgen para que su concepción fuera exenta de toda mancha, no sólo á causa de su unión personal con la Divinidad, sino también á causa de su generación; porque siendo un hombre diferente de los demás y de mayor excelencia que los otros, por ser Hombre-Dios, convenía que su concepción y su nacimiento fuesen diferentes y más excelentes que los de los hom-

bres ordinarios; convenia por consiguiente que fuese hijo de una virgen.

Esta gloriosa distinción se mantuvo oculta, es verdad, bajo el velo de un matrimonio público entre María y José; pero los judíos no ignoraban estas magníficas predicciones del Profeta Isaías: *Hé aquí que una virgen concebirá y dará á luz*. Esta profecía que les era conocida, unida á otras muchas que visiblemente se verificaban en Jesucristo, y á los prodigios que habian acaecido en su nacimiento, ¿no debió mostrarles en María á la madre anunciada por Isaías, y en el pequeño infante al Mesías prometido que aguardaban? Fueron, pues, inexcusables en no reconocer á Jesús por lo que era.

Pero dejémoslos en su ceguera y pasemos, para terminar, á otra verdad contenida en este artículo. Por el título de Virgen que se da á María y por otras pruebas que omitimos ahora, los Santos Padres han concluido y reconocido como artículo de fe, la perpétua é inviolable virginidad de la Madre de Dios; verdad gratísima que profesamos diciendo que María fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Ensalcemos, por tanto, la gloria de María, porque ha sido la única entre todas las mujeres, que ha podido reunir el don de la virginidad y de la maternidad, de esta augusta maternidad que la eleva al rango sublime y divino de Madre de Dios. Ensalcemos la gloria del fruto bendito de su vientre, Jesucristo nuestro Señor; sigamos constantes y en la medida posible, los ejemplos de desprendimiento que nos dió al nacer.

P. ¿Para qué se hizo Dios hombre?

R. Para poder morir por los hombres, librarlos del pecado, y enseñarles con su vida y ejemplo el camino del cielo.

Muy poco es lo que el Evangelio nos enseña acerca de la vida que llevó Jesucristo desde su nacimiento hasta la edad de treinta años; y por lo mismo nuestros conocimientos acerca de esto se reducen á saber que fué circuncidado, que recibió las adoraciones de los magos, que fué presentado en el templo; que se vió obligado á huir al Egipto para librarse de la persecución de Herodes; que después de la muerte de éste, volvió de su destierro, probablemente á la edad de siete años, y moró en la Galilea; que á los doce años se le halló en el templo disputando con los doctores de la Ley. Mas desde esta época hasta los treinta años de su vida, los Libros santos no nos dicen sino que estuvo continuamente sumiso y obediente á María y á José. A esa edad de los treinta años, comenzó el Señor su vida pública, recibiendo el bautismo de manos de San Juan, no porque tuviera necesidad de ser bautizado, sino para darnos ejemplo de humildad y de penitencia. Retiróse en seguida al desierto, donde se sujetó al más riguroso ayuno de cuarenta días, pasados los cuales, anunció al mundo que Él era el enviado de Dios para instruirnos y salvarnos. Comenzó, pues, su predicación y la continuó por tres años, con éxito tan admirable, que las turbas se desvivían por escuchar

su palabra; de donde provino el haberse suscitado contra Él la envidia y el odio de los Escribas y de los Fariseos, que resolvieron poner en práctica todos los medios posibles á fin de perderlo: como en efecto lo permitió Dios para nuestra redención y salvación.

Nuestro Señor Jesucristo, en efecto, se dignó padecer y morir por nosotros; y esta verdad es una de las más explícitas, claras é importantes, que nos enseña el Santo Evangelio y que está consignada en el Símbolo de los Apóstoles con estas palabras: *Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.*

Y antes de hablar de la pasión del Señor, ocurre preguntar: ¿por qué en el *Credo* se hace mención de Poncio Pilato?

La respuesta no es dudosa. Porque siendo esta pasión un artículo importantísimo de la fe, convenía sobremanera rodear esa verdad de la mayor certidumbre, fijando la época precisa en que sufrió el Señor su doloroso martirio; que fué cuando Pilato, enviado por el Emperador Tiberio, gobernaba la Judea. Este Pilato, en calidad de juez, pronunció la sentencia contra Jesucristo; y así aquellas palabras del Símbolo significan que el divino Salvador padeció en tiempo de Pilato y según la sentencia de Pilato.

¿Y qué padeció? Jesucristo padeció dolores interiores y exteriores, dolores que atormentaron su alma y dolores que atormentaron su cuerpo.

Todavía no se habían apoderado los verdugos de su bendita persona, y ya el Señor quiso ser víctima de los más crueles tormentos que afligieron su espíritu en el jardín de Gethsemaní, donde el tedio, el temor y la tristeza le abrumaron con tal fuerza, que llegaron á producirle un copioso sudor de sangre y le redujeron á la más horrible agonía. De tres causas provino este martiro interior: 1.º, de la previsión clara y distinta de los atroces suplicios que le aguardaban; 2.º, de la certidumbre con que veía lo inútil de su pasión para muchos hombres que correrían á su perdición á pesar de haber sido rescatados á tal alto precio; 3.º, de la horrenda y abominable vista de todos los pecados del mundo con que Jesús había cargado.

Acaso dirá alguno: ¿Pues qué los tres objetos que ahora llenan el alma de Jesús de una tan grande angustia, no habían estado presentes á su divino espíritu, desde el primer instante de su encarnación y en todos los momentos de su vida?—Ciertamente que sí.—Entonces, ¿cómo es que comenzaron á entristecerle hasta ahora en el jardín de los Olivos?—Porque en la augusta persona del Hombre-Dios, por una parte, las pasiones estuvieron completamente sujetas y en un todo subordinadas á su divina voluntad; y, por otra, hasta entonces llegó el momento señalado en que debía sufrir por nosotros, y por esto es que hasta entonces comenzó á atemorizarse y angustiarse. (San Marcos. XIV. 33.)

(Continuad.)

MORAL

EL RESPETO Á LOS SACERDOTES.

(CONTINUA.)

La fe nos enseña que el sacerdote es el encargado de ofrecer diariamente sobre nuestros altares el sacrificio del Cordero Inmaculado, la hostia de propiciación por los pecados de los hombres, y como otro Moisés, conserva los brazos levantados y en actitud suplicante para implorar la misericordia del Señor.

Es el ángel bendito puesto por Dios para remover las aguas de la misteriosa piscina del perdón.

Es el padre amoroso que en nombre de nuestro Padre celestial recibe diariamente al hijo pródigo que ha dilapidado los bienes de la gracia, pero que vuelto en sí mismo se ha resuelto á confesar sus pecados y á solicitar el perdón.

Es... dirémoslo con el P. Schneider, el hombre venturoso «á quien se ha dado la potestad sobre el verdadero cuerpo de Jesucristo, puesto que en la ordenación se le ha dicho: *recibe el poder* no de crear el cielo ó la tierra, no de hacer algo precioso y difícil, sino *de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo*. ¿Qué más puede decirse? Este es un poder superior al de los reyes y aun al de los mismos ángeles: es un poder muy semejante al de la Santísima Virgen Madre de Dios, pues así como ella dió al mundo la luz eterna, *lumen eter-*

num mundo effudit, Jesum Christum, Dominum nostrum, así el sacerdote, en cierto modo le da á luz en el altar para reclinarlo después en los corazones de los fieles. ¿Qué cosa más sublime? ¡Oh excelsa, oh veneranda potestad! exclama San Buenaventura.

«¡Qué dignidad tan grande os ha dado Dios! ¡Qué prerrogativas del orden sacerdotal! Os ha sublimado sobre los reyes y los emperadores; sobre todas las dignidades, todavía más, os veo superiores á los ángeles y arcángeles, á los tronos y dominaciones, porque así como para obrar la redención no escogió á los ángeles, sino que puso los ojos en la descendencia de Abraham; así, no á los ángeles, sino á los hombres y sólo á los sacerdotes encomendó la consagración del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.» (San Bernardo.)

«¡Oh respetable dignidad de los sacerdotes, en cuyas manos encarna el Hijo de Dios, como en el vientre purísimo de María!» (San Agustín.)

«Mucha y muy grande, inmensa, infinita, es la dignidad del sacerdote, es un estupendo milagro.» (San Efrén.)

«Se deduce igualmente la sublimidad del sacerdote de la potestad que se le confiere sobre el cuerpo místico de Cristo, que son los fieles; al sacerdote se le dan las llaves del cielo y se le instituye juez del mundo; ata y desata sobre la tierra lo que juzgare que debe atarse ó desatarse.» (Véase S. Juan 20.)

«A esto se añade que el sacerdote es llamado ángel, sal de la tierra, luz del mundo, antorcha puesta

sobre el candelero (Mat. 5), pastor, doctor, dispensador de los misterios de Dios, el intermediario de la naturaleza humana para con Dios nuestro Señor, ofreciendo nuestras oraciones y alcanzándonos beneficios.»

Luego es sumamente venerable el sacerdote por razón de la dignidad á que Dios le ha sublimado y del ministerio que se ha servido confiarle. Santo es el sacerdote por su vocación; santo por su ordenación; santo por los Sacramentos que continuamente administra. Para quien tiene fe, son estos títulos más que suficientes de profundo respeto á los ministros del Señor, á pesar de los defectos que como hijos de Adán puedan tener.

Hay más todavía: recorramos siquiera sea someramente la historia de la civilización cristiana y veremos algo de lo mucho, de lo incalculable que la cultura de los siglos de nuestra era debe al sacerdote católico, aunque la ignorancia ó la malicia de sus enemigos apuren sus propias fuerzas para negar ó ocultar los beneficios, para inventar ó abultar los defectos.

Sírvenos de punto de partida un hecho que no se han atrevido á desconocer ni los más exaltados impíos, á saber: que Jesucristo vino á cambiar por completo la faz del mundo. Y en verdad, contra hechos no hay argumentos; la historia de la humanidad lo dice en todas sus páginas con caracteres imborrables. La influencia de la doctrina del Salvador en el adelanto, en la civilización de los pueblos, es tan obvia, tan palpable, que desconocerla sería lo

mismo que sentar plaza de necio. Jesucristo divide la historia, porque cambió por completo el curso de los acontecimientos.

Dirijamos una mirada primeramente al mundo antiguo: desde luego encontramos al pueblo judío constituido de una manera excepcional; sólo una providencia especialísima y visible pudo hacer que á través de sus infidelidades y vicisitudes conservara el precioso tesoro de las verdades reveladas. Pero salid de allí y no hallaréis más que las monstruosas agrupaciones paganas sumidas en la abyección más espantosa: por todas partes, á todas horas y en mil y mil circunstancias diferentes osténtanse las terribles consecuencias del pecado, así como el vano poder de la razón y la impotencia de toda fuerza meramente humana, en orden á regenerar al hombre.

El individuo, la familia, la sociedad entera, ofrecen síntomas de incurable gangrena: la bajeza y la tiranía, la superstición y el fanatismo, las pasiones más degradantes forman una corriente gigantesca que es imposible encauzarla, es imposible contenerla, todo lo rompe, todo lo avasalla.

Nada importe que en el mundo florezca Grecia; que Grecia se enorgullezca por su Atenas; que Atenas abrigue dentro de sus murallas sabios filósofos cuyos nombres han repetido con asombro todas las generaciones, si la enseñanza de algunas luminosas verdades quedaba completamente oscurecida por groserísimos errores; si algunos rasgos de la belleza moral que llegaron á trazar, eran afeados ó bo-

rrados por la conducta de sus mismos dioses; si en fin, el pueblo oponía feroz resistencia y el esoterismo esterilizaba las doctrinas.

Nada importa que las águilas romanas favorecidas por la fortuna hayan paseádose triunfantes por el mundo entero, y que ese pueblo gigante haya levantado el monumento inmortal de su legislación; si sus triunfos le embriagan y enloquecen, si el tiempo no le alcanza para forjar cadenas de esclavitud; si sus leyes no corrigen ni un vicio, ni evitan la ruina, primero, de la república; después, del imperio.

Mas «el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros: y vimos la gloria de él, gloria como de «Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» (Ev. Joann. 1-14.) Apareció Jesucristo, prototipo de humildad, de pobreza, de obediencia, de pureza, de piedad, de laboriosidad, de celo por la salud de las almas, como que era el Maestro Divino de todas las virtudes. El arruinado portal de Belén es la primera escuela del Dios hecho hombre. Después, á causa de la persecución de Herodes, huye á Egipto donde pasa los años de su infancia: vuelve á Nazareth y vive ahí desconocido: hay, sin embargo, en esta vida oculta multitud de misterios y enseñanzas que adivina la piedad de la Iglesia, fundándose en las escasas pero elocuentes palabras que nos conserva el Santo Evangelio á este respecto; en las lógicas deducciones que pueden hacerse sobre otros lugares de los mismos sagrados libros, y en la tradición católica.

En seguida emprende su predicación: ¿qué pluma podrá darnos idea de ese sublime espectáculo? Hay en la persona de Jesucristo mucho que revela su Divinidad y que es el imán de los corazones: hay dulzura y dignidad en su semblante: sus enseñanzas son sencillas, á la vez que profundas y persuasivas: su palabra es un pan delicioso para las inteligencias que padecen hambre de la verdad: las multitudes, absortas le contemplan y le escuchan, y le siguen sin cuidarse del alimento material. El Redentor ama, prefiere, atrae al pueblo, acaricia á los niños, se compadece de los que sufren, llora con los que lloran y derrama sobre sus almas el bálsamo del consuelo, cura á los enfermos y resucita á los muertos.

Jesucristo como Salvador del mundo, quiso que de las gracias de la redención participasen todos los hombres de todos los siglos y de todos los pueblos de la tierra: por eso fundó su Iglesia universal; por eso instituyó el sacerdocio para el ministerio de la palabra y la administración de los Sacramentos.

Es de notar que elige sus primeros discípulos entre el pueblo: son pescadores del lago de Genesareth, pobres, rudos ignorantes; pero con la ciencia infusa, con el valor sobrenatural que recibieron el día de Pentecostés aquellos hombres, ardiendo en celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, están resueltos á cumplir los mandatos de su Señor; se reparten el mundo y lo recorren todo *sin bolsa, sin alforja, sin calzado*.

Son los primeros sacerdotes, que nada temen, que todo lo sufren por el amor de Jesucristo. San Pablo nos relata algo de lo que padeció: estuvo «en muchos trabajos, en cárceles más, en azotes sin medida, en riesgos de muerte muchas veces.» Y añade con santa sencillez: «De los judíos he recibido cinco «cuarentenas de azotes, menos uno. Tres veces fui «azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, noche y día estuve en lo profundo del mar. En caminos muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nación, en peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros de falsos hermanos.—En trabajo y fatiga, en muchas vigillas, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez. Sin las cosas que son de fuera, mis ocurrencias urgentes de cada día, la solicitud que tengo de todas las iglesias.» (II. ad Cor. XI.)

Todos arrostraron los trabajos propios del apostolado en aquellos tiempos y circunstancias: peligros en sus viajes, calumnias, persecuciones, amenazas, cárceles, cadenas, azotes, destierro, para sellar finalmente con su sangre la doctrina que Jesucristo les había enseñado y que tenían el encargo de predicar.

VARIETADES

DOS GRITOS

Dos gritos resuenan hoy en el universo mundo, uno de amor y otro de odio, uno de alegría y otro

de rabia, uno consolador para la humanidad, y aterrador el otro para todas las clases sociales.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres.

Este es el alegre y animoso grito que, partiendo de la cueva de Belén, ha retumbado hasta en los confines del mundo, llevando el consuelo y la alegría á todos los corazones.

Fuera Dios, y guerra á los hombres.

Hé aquí el grito impío, horrendo y brutal que, partiendo de los antros tenebrosos y horribles de la maldad, se extiende y se dilata por los espacios, llevando la turbación y el espanto al seno de la sociedad.

El primero lo cantaron los ángeles del cielo, en el nacimiento del Hombre-Dios; y el segundo lo profirieron en el averno los ángeles de las tinieblas, espíritus rebeldes, productores del mal.

Ambos han resonado siempre con magnífica resonancia en toda la extensión de los tiempos y en toda la longitud de los espacios; porque ambos gritos son, han sido y serán siempre la señal de combate en esa lucha perpetua y desigual, trabada entre el bien y el mal, el vicio y la virtud, la verdad y el error, la justicia y la iniquidad.

El eco de esos gritos poderosos repercute en todas partes, y jamás se pierde, porque una montaña lo lleva á otra montaña, y las montañas al mar, y el mar lo devuelve á la tierra, y la tierra lo comunica á las generaciones, y las generaciones á los siglos,

y de un siglo pasa á otro con la misma viveza que si entonces se pronunciara.

Hoy como nunca oímos retumbar el eco de esos dos gritos, consolador uno y aterrador el otro.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, grita hoy el sacerdote de Cristo al pie del altar santo.

Fuera Dios, y guerra á los hombres, vocifera el anarquista en su logia ó en su taller, preparando dinamita, instrumento de terribles venganzas.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, resuena hoy al dulce son del órgano y de la pastoril zambomba en los pocos conventos que dejó en pie el vandalismo pasado. *Fuera Dios, y guerra á los hombres,* grita el socialista al horrisono son del petardo que estalla en medio de las ciudades, convirtiendo las casas en escombros y ruinas.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, repiten hoy las almas piadosas en el seno de la familia, sentadas al amor de la lumbre. *Fuera Dios, y guerra á los hombres,* repite también el libre pensamiento, al estallar un cartucho de dinamita que deja huérfanos á muchos hijos, viudas á muchas madres, y sin consorte á muchos esposos.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, grita la Iglesia de Cristo, infundiendo la tranquilidad y el reposo en los ánimos agitados. *Fuera Dios, y guerra á los hombres,* grita la sinagoga de Satanás, compuesta de incrédulos y de libre-pensadores. *Fuera Dios, y guerra á los hombres,* y

lo dicen al son de una máquina infernal que estalla, produciendo con su estallido la desolación y la muerte.

En vista de esto se nos ocurre preguntar á todas las autoridades de la escuela liberal, que predica y ha predicado siempre la libertad del pensamiento y la libre emisión de las ideas: ¿Queréis que arrulle vuestro sueño el alegre rumor del órgano y del pandero, ó el horrisono son de las bombas anarquistas? ¿Queréis quedar dormidos al eco de la magnífica canción: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres*, ó al eco de la canción aterradora de *Fuera Dios y guerra á los hombres*?

Escoged. . . pero sed consecuentes.

Si escogéis lo primero, proteged á la Iglesia de Cristo y refrenad á sus enemigos; si escogéis lo segundo, no castigéis al infeliz anarquista que pone en práctica unas doctrinas cuya propaganda está admitida por vosotros como lícita y buena.

Uno de esos dos gritos ha de resonar siempre en vuestros oídos; escoged y obrad.

FR. AMBROSIO DE VALENCINA.

BAZAR DE CARIDAD

PARA LA

OBRA DEL CATECISMO.

CALLE DE LA AGEQUIA, BAJOS DEL NUM. 2.

MEXICO

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hec est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^o EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

Tres circunstancias no menos crueles concurren á oprimir el corazón de Jesús: 1.^a La infidelidad de sus discípulos y de sus apóstoles, de los cuales uno lo vendió vilmente, otro lo negó cobarde y renegó de él con un execrable perjurio, y todos lo abandonaron. ¡Oh qué terrible golpe fué para el alma tierna de Jesús, el ver que entre tantos discípulos, objetos de su amor y de sus beneficios, no hubo uno que se atreviese á declararse por suyo, antes todos le volvieron la espalda en la desgracia! 2.^a La completa pérdida de su reputación delante del pueblo. Este mismo pueblo que había sido testigo de sus milagros, que le había seguido con ardor, que le miraba como á un gran profeta hasta querer aclamarlo rey; este pueblo que pocos días antes le recibió en Jerusalem entre aplausos de alegría, que le rodeaba llevando palmas y cantando *Hosanna!* ahora, súbitamente cambiado hasta el extremo de creerse engañado y seducido por Jesús: toda esta muchedumbre aver-